

LA VIDA COMUNITARIA ANIMADA POR LA CARIDAD (CC. 24)

ESTAD UNIDOS UNOS A OTROS, Y DIOS OS BENDECIRÁ. PERO QUE SEA POR MEDIO DE LA CARIDAD DE JESUCRISTO, PORQUE TODA UNIÓN QUE NO SE SELLE CON LA SANGRE DE NUESTRO SALVADOR NO PUEDE PERDURAR. SIN EMBARGO, EN JESUCRISTO, POR JESUCRISTO Y PARA JESUCRISTO DEBÉIS ESTAR UNIDOS UNOS CON OTROS. EL ESPÍRITU DE JESUCRISTO ES UN ESPÍRITU DE UNIÓN Y DE PAZ. ¿CÓMO PODRÉIS ATRAER AL PUEBLO SI NO ESTÁIS UNIDOS UNOS CON OTROS Y CON ÉL?

SAN VICENTE DE PAÚL. (ABELLY, LIBRO II, C. 1, 145)

Esquema:

0.- Introducción.

1.- En esto conocerán todos que sois mis discípulos (Jn 13,35).

2.- Algunas actitudes creadoras de Comunidad:

2.1. Superar las dificultades: “atentos con ánimo humilde y fraternal a las opiniones y necesidades de cada compañero, pondremos mucho empeño en **superar las dificultades** que lleva consigo la vida comunitaria”.¹

2.2. El diálogo: “fomentaremos entre nosotros **el diálogo**, superando el excesivo individualismo en nuestra forma de vivir”.²

2.3. El perdón: “practicaremos, en fin, con delicadeza **la corrección fraterna**, otorgándonos mutuamente **el perdón**”.³

2.4. Alegría: “compartir **la alegría** con sencillez de corazón”.⁴

3.- La **esperanza**: fuente y apoyo de la Comunidad.

4.- Vosotros sois mis amigos: “**signo de la novedad evangélica**”⁵.

0.Introducción.

Hay muchísimas páginas escritas, todas ellas muy hermosas, en la Biblia y en la doctrina de la Iglesia; para nosotros, además, en los escritos de san Vicente y, ahora, en diversos trabajos de nuestros vicencianistas⁶, sobre la vida comunitaria. Pero yo quiero comenzar esta charla con una especie de parábola antigua de la sabiduría china.

¹ CC 24.3°

² CC 24.2°

³ CC 24.3°b

⁴ CC 24. 1°

⁵ CC 24.

⁶ - La Vida de Comunidad y el Proyecto Comunitario, P. R. Maloney. El Camino de Vicente de Paúl, una espiritualidad para nuestro tiempo, en CEME

- Guía práctica del Superior Local y Guía práctica del Visitador, en Vicentiana.

- “Como amigos que se aman profundamente”, reflexiones sobre la vida de Comunidad ayer y hoy.

Por el P.R. Maloney.

Los chinos describían el infierno como un lugar donde hay muchísimas personas; cada una tiene enfrente su escudilla (vasija propia para servir sopa o caldo) de arroz y los dos palillos de madera con los cuales ellos comen tan hábilmente el arroz y demás alimentos. Pero los palillos son de dos metros de largo... y los condenados del infierno no encuentran modo de comer el arroz y sufren el tormento del hambre; este es todavía más devorador porque el arroz está allí, ¡delante de ellos!

Y describían el cielo del mismo modo: un lugar donde hay muchísimas personas; cada una tiene enfrente su escudilla de arroz y los dos palillos de dos metros de largo... Y los bienaventurados del cielo están muy contentos, comiendo su arroz, porque cada uno de ellos coge el arroz con los dos palillos y lo lleva a la boca del otro, quien hace lo mismo con el arroz de su escudilla.

Podría terminar aquí esta exposición y dejaros a vosotros sacar las conclusiones sobre la caridad que debe animar todas nuestras relaciones comunitarias, pero no estaría muy justificado mi viaje hasta Castellnovo. Por lo tanto, voy a continuar con la reflexión.

San Vicente de Paúl cuando habla de la Comunidad apela inmediatamente a sus raíces teológicas. Ve el fundamento de la misma en los misterios de la Trinidad y de la Encarnación, y por ello recomienda a sus seguidores tener devoción a estos misterios.⁷ Sabemos muy bien que nuestra vida fraterna es una vida compartida en el amor y que tiene su fuente en Dios. La unión de Jesús con el Padre es el modelo de los lazos íntimos que une a sus seguidores en el espíritu. Toda comunidad es en el fondo un don. Sólo es posible a través del amor de Dios que obra en nosotros por Cristo. Y todos los dones exigen una respuesta humana. Por ello, la Comunidad no es sólo cosa de Dios sino también nuestra.

En los últimos años, sobre todo a raíz del Vaticano II, se han dado cambios muy significativos en la vida comunitaria. El estilo de vida menos formal, la autoridad menos impositiva, los horarios menos rígidos. Muchos tienen la sensación de que las relaciones interpersonales son menos formalistas y mucho más personales. Sin embargo, aún reconociendo estos importantes cambios, algunos misioneros, sobre todo los más jóvenes, manifestáis cierta desazón sobre la vida comunitaria. Y en muchas ocasiones esto es verdad. ¿Las comunidades os están ofreciendo el apoyo de la fe, el estímulo, la comprensión, la solidaridad en la acción, el hogar que hoy tantos buscamos? Yo no tengo una respuesta definitiva a estas preguntas, tal vez vosotros sí. Hoy, con esta charla, quiero ofreceros algunas reflexiones centrándome en el tema que se me ha señalado, es decir: ***“La vida Comunitaria animada por la caridad” (CC.24)***. Creo que todos hambreamos comunidades donde nos queramos y nos lo demostremos, que sean como esos espacios verdes en las ciudades donde se respira aire de Dios y de humanidad.

Construir comunidad nos exige integrar nuestra vida con los otros, que no nos hemos buscado nosotros mismos sino el Señor, hasta el punto de que uno siente que ya no puede realizarse, según el plan de Dios sobre él, si no es con esos otros. Creo que, en efecto, anhelamos vivamente comunidades que tengan mucho de hogar, donde al calor del afecto, en una verdadera compenetración de espíritu, busquemos

⁷ RC X, 2.

fraternalmente el plan de Dios sobre nosotros y nos animemos y apoyemos para vivirlo con radicalidad y con gozo.

Sin embargo, como os decía anteriormente, no es raro que vivamos insatisfechos, que nos quejemos de nuestras comunidades que ni llenan nuestras expectativas ni se convierten en una interpelación estimulante de amor desinteresado y gratuito. Los mayores obstáculos, a mi modo de ver, que hoy están dificultando el que algunos misioneros se sientan más felices en su vocación, giran en torno a la vida comunitaria. Hay cierta insatisfacción, al mismo tiempo que sinceros deseos de superación. Desaparecidas las antiguas estructuras, inflexibles a veces y superadas hoy, a mi juicio, no hemos sabido ofrecer todavía los medios suficientes para crear comunidades locales que sean plenamente vivas y atractivas a los jóvenes.

El desafío es, por supuesto, ser “amigos que se aman unos a otros profundamente”, o, como dice la CC.25, “vivir a manera de amigos que se quieren bien”⁸. Nos dijo Juan Pablo II en la exhortación apostólica “Vita Consecrata”: exhorto sobre todo a los religiosos, a las religiosas y a los miembros de las sociedades de vida apostólica a vivir sin reservas el amor mutuo y a manifestarlo de la manera más adecuada a la naturaleza del propio Instituto, para que cada comunidad se muestre como signo luminoso de la nueva Jerusalén, “morada de Dios con los hombres” (Ap 21,3).⁹ Esto es una parte esencial del compromiso mutuo, y con el Señor, al entrar en la comunidad vicenciana. Mediante esta comunicación, me voy a fijar en algunos de los aspectos que se señalan en el n° 24 de nuestras Constituciones. Todas estas sugerencias están encaminadas a que nuestra vida esté cada día más animada por la caridad.

1. En esto conocerán todos que sois mis discípulos (Jn 13,35).

Los misioneros vicencianos, como seguidores de Cristo, sabemos que el mandato nuevo que Jesús da a los que se suman a su causa es el amor. Amor a Dios, como Padre, y amor a los hermanos. Y en el amor a los hermanos se expresa inequívocamente el amor a Dios. Ya lo advirtió San Juan en su primera carta: “Quien dice que está en la luz y aborrece a su hermano, está aún en las tinieblas. Quien ama a su hermano permanece en la luz... Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos... Hijos míos, no amemos de palabra ni de boca, sino con obras y de verdad... Quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve... Quien ama a Dios, ame también a su hermano" (1Jn 2, 9-10; 3, 14 y 18; 4, 20-21).

El único y específico distintivo del seguidor de Cristo es el amor: "En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros" (Jn 13, 35). El amor mutuo es la columna vertebral, el auténtico testimonio "para que el mundo crea" (Jn 17, 21). “Un amor alimentado por la palabra y la eucaristía, purificado por el sacramento de la reconciliación, sostenido por la súplica de la unidad”.¹⁰

⁸ RC, VIII, 2

⁹ Vita consecrata, 45

¹⁰ Vita consecrata, 42

Cristo quiere ofrecer al mundo una "alternativa" un modo distinto de sociedad y de "ser" en sociedad. La sociedad nueva -la "alternativa" cristiana a la sociedad mundana.- que Jesús ofrece es la "comunidad", la "vida fraterna" cimentada sobre bases totalmente distintas a las del "mundo": compartir, servir, amar desinteresadamente, perdonar, ser solidarios...

Este es el ideal al que hay que aspirar, el que intentaban vivir las primeras comunidades cristianas: "Tener un solo corazón y una sola alma" (Hch 4, 32). Y esta es la comunidad que deben formar los seguidores de Jesucristo evangelizador de los pobres: una "comunidad" con la única ley del amor, una fraternidad evangélica que sea un "cuerpo para la misión".

2. Algunas actitudes creadoras de Comunidad.

2.1. Superar las dificultades: *“Atentos con ánimo humilde y fraternal a las opiniones y necesidades de cada compañero, pondremos mucho empeño en superar las dificultades que lleva consigo la vida comunitaria”.*¹¹

Lamentablemente la experiencia comunitaria no siempre es gozosa. Con demasiada frecuencia sus exigencias espirituales se hacen carga pesada, sus relaciones fraternas agobian y la misión se vive desde un sentimiento de empobrecimiento y anulación personal. “Hemos aprendido a volar como los pájaros, a nadar como los peces, pero no hemos aprendido el sencillo arte de vivir juntos como hermanos”.¹²

En la comunidad siempre existirán dificultades. Quien ama a su sueño de comunidad más que a la misma comunidad real la destruye. Así nos lo ha recordado D. Bonhoeffer. Es decir, el sueño de la comunidad ideal es el primer enemigo de la comunidad real. El que se forja una imagen soñada de comunidad exige su cumplimiento a Dios, a los otros y a sí mismo. ¡Aquí es que no se puede hacer nada para mejorar la comunidad! Es la actitud de pesimismo, desaliento, desesperación... Para algunos, el intentar cambiar, mejorar, es pérdida de tiempo.

Tenemos que saber vivir en un sano pluralismo. Para esto vosotros, como jóvenes que sois, estáis más preparados que las otras generaciones. Pero, ¡cuidado!, que también podemos querer imponer nuestros criterios sin respetar los de los demás. Respetemos al otro como Dios le ha hecho, como Dios le llama; no le hagamos a nuestra imagen y semejanza. ¡Alegrémonos de que sea así! La aceptación no es aprobación de los comportamientos, o de las infidelidades, ajenos; aceptar no es decir que está bien lo que creo que está mal. Se trata de amar la persona y la existencia ajena.

Cuanto más unido el grupo, mayor es el roce y la fricción. Nuestras comunidades deben ser grupos unidos y eso hace subir la fricción al máximo... A veces, el éxito de mi compañero de comunidad, o de otro joven de mi Provincia, resulta una amenaza para mí, y hasta puede que surja la envidia (Cfr. Mt 20: los jornaleros de la primera hora)¹³. No hay cosa más absurda que la envidia en un grupo de llamados, o el que

¹¹ CC 24.3º

¹² Martín Luter King

¹³ CEME nº 1159 envidia, el verdugo.

seamos competitivos los unos con los otros. “La caridad no es envidiosa, no lleva cuenta del mal”... (1 Cor 13.4).

2.2. **El diálogo:** “fomentaremos entre nosotros **el diálogo**, superando el excesivo individualismo en nuestra forma de vivir”¹⁴

Para amar hay que conocerse, y para conocerse se necesita el diálogo. El diálogo fomenta las relaciones interpersonales, impulsa la misión común, favorece la participación y la corresponsabilidad. Por el contrario, la falta de diálogo debilita la fraternidad, favorece la soledad y el aislamiento, enfría las relaciones interpersonales, a la vez que impulsa a buscarlas fuera de la comunidad. Sin el diálogo, la comunidad corre el riesgo de ser un conjunto de personas yuxtapuestas o paralelas. Y aquí está el individualismo que queremos evitar. ¿Cómo puede expresarse la amistad, crecer y robustecerse si no existe un diálogo franco, leal y sincero entre los miembros de una comunidad?

Saber dialogar es un arte que exige de cada uno un aprendizaje continuo. Por ello es importante que nuestras comunidades sean “escuelas de diálogo” donde practiquemos y nos perfeccionemos en el arte de dialogar y contribuyamos así a que la Iglesia sea cada vez más una Iglesia dialogante. Estamos llamados a dar testimonio de una actitud dialogante. El diálogo nos lleva a salir de nosotros mismos y a abrirnos a los demás. Nos permite comunicar nuestros puntos de vista y nuestras inquietudes y escuchar lo que piensan y sienten los otros. El diálogo ayuda a construir puentes entre nosotros, jóvenes, medianos y mayores, y a aceptarnos en nuestras diferencias; a vivir y a trabajar juntos, con diferentes edades y mentalidades, teniendo a veces enfoques distintos e interpretaciones diversas de los mismos valores.

Considero que el diálogo es esencial en nuestras “comunidades multiculturales” donde tenemos que aprender a convivir y construir comunidad viniendo de diferentes contextos culturales con sus diversos valores, símbolos y costumbres. Esos pluralismos culturales los podemos vivir como “problema” o como “posibilidad” de un enriquecimiento mutuo. El diálogo nos ayuda a conseguir la “unión en la diversidad”.

En muchas partes se siente la necesidad de una comunicación más intensa entre los miembros de una misma comunidad. La falta y la pobreza de comunicación genera habitualmente un debilitamiento de la fraternidad a causa del desconocimiento de la vida del otro, que convierte en extraño al hermano y en anónima la relación, además de crear verdaderas y propias situaciones de aislamiento y de soledad. En algunas comunidades se lamenta la escasa calidad de comunicación fundamental de bienes espirituales. Se comunican temas y problemas marginales, pero raramente se comparte lo que es vital y central en la vida. ¡Cuánto bien podéis hacer los jóvenes a la hora de preparar las oraciones comunitarias, los encuentros...!

Ese diálogo constante, animado por la caridad, exige una comunicación abierta y sincera. Pero ésta no se dará si falta un ambiente de confianza. Y confiarse es fiarse totalmente del otro, es ser creído digno de fe. El hacernos vulnerables a los demás es

¹⁴ CC 24.2°

solamente posible cuando descubro, cuando siento, que los demás apuestan por mí, se fían de mí y me aceptan; creen en mí y me apoyan en mis esfuerzos por mejorar.

Nada se construye, por otra parte, y menos una comunidad, si no es desde la sinceridad. Ser sincero debe llegar a ser una necesidad. La necesidad es una exigencia y una conversión de todos los días. Nada construye tanto la comunidad como la transparencia entre todos los miembros de la comunidad. Entre los miembros de una comunidad, las máscaras y los disfraces sólo se usan para reírse, nunca para esconder la propia identidad.

Comunicarse es siempre dialogar y prestar atención a las otras personas, al grupo, para saber dónde caen mis palabras y cómo son escuchadas. Para ello, necesitamos también sensibilizarnos y aprender. Es necesaria también una verdadera puesta en común de lo que cada uno lleva de profundo y de misterioso. Es evidente que a muchas comunidades les falta la unión de corazones, de la que deben ser signo, y la alegría, que es la medida exacta de dicha unión.

Si hoy hablamos de crisis en nuestras comunidades, no es por falta de trabajo, ni porque los misioneros no trabajen, ni tampoco porque no trabajen en general entre los pobres y para los pobres. *Si hoy hablamos de crisis de nuestras comunidades locales, es porque en ellas no funcionan bien los dinamismos espirituales*".¹⁵

2.3. “Practicaremos, en fin, con delicadeza la corrección fraterna, otorgándonos mutuamente el perdón”¹⁶.

Entre los discípulos de Jesús no hay unidad verdadera sin este amor recíproco, incondicional, que exige: disponibilidad para el servicio sin reservas; prontitud para acoger al otro tal como es, sin “juzgarlo” (cf. Mt 7,1-2); capacidad de perdonar hasta setenta veces siete” (Mt 18,22). El perdón cicatriza las heridas.

En Col 3,13 dice Pablo: “Sobrellevaos mutuamente y perdonaos cuando uno tenga quejas contra otro; el Señor os ha perdonado, haced vosotros lo mismo”. El pecado en comunidad es una experiencia de cada día: incomprensiones mutuas, egoísmos que chocan, conflictos en la misión, celos, prejuicios, omisiones... Unas veces son conscientes y otras son inconscientes. Todo esto es inevitable y no tiene por qué asustarnos; con una condición: que haya voluntad reconciliadora. En realidad, uno no sabe si ama al hermano hasta que le ha perdonado y ha sido perdonado por él. Hacen falta signos externos. A Dios se le repara en el hermano.

La debilidad de los que formamos las Comunidades sólo puede ser compensada por el apoyo comunitario: cuando uno cae, otro puede levantarlo; si hay otro, es decir, si hay comunidad. En este sentido, es acertada la lamentación de los clásicos: “¡Ay del que está sólo!”. Y, a su vez, el que se ha levantado tiene la posibilidad y el deber de confirmar a los hermanos.

¹⁵ La vida en común del misionero vicenciano. P. Miguel Pérez Flores

¹⁶ CC 24.3^b

Las crisis y las desesperanzas compartidas se tornan esperanzas en el interior de la Comunidad; un miembro fuerte confirma a los débiles. Es el lugar de la corrección fraterna y la reconciliación: el perdón y la misericordia, una palabra de corrección fraterna, dicha a tiempo y con tacto, devuelven la esperanza a los hermanos, les abren de nuevo las puertas del futuro, les devuelven la confianza en las promesas, les ayudan a caer en la cuenta de que, a pesar de todos los signos en contra, la causa del reino o la causa de Jesús sigue adelante.

2.4.- “Compartiendo la alegría con sencillez de corazón”.

En “Vida Fraterna en Comunidad”, se dice que “una fraternidad sin alegría es una fraternidad que se apaga” (VFC, 117). De la alegría del corazón hay unos versículos deliciosos en Eclo 30,21: “No dejes que la tristeza se apodere de ti, ni te atormentes en tus cavilaciones”. Cuando la tristeza se apodera de nosotros, se enturbian los ojos de nuestra fe y no vemos a Jesús, que camina con nosotros. Eso les sucedió a los discípulos de Emaús que “no conocieron a Jesús. Se pararon con aire entristecido” (Lc 24,16.17)

San Agustín nos da unos buenos consejos para vivir alegres en la Comunidad: “rezar juntos, pero también hablar y reír en común, intercambiar favores, leer libros juntos, bien escritos, estar bromeando juntos y estar juntos serios; estar a veces en desacuerdo, sin animosidad, como se está a veces con uno mismo, y utilizar este raro desacuerdo para reforzar el acuerdo habitual; aprender algo unos de otros, o enseñarlo unos a otros; echar de menos con pena a los ausentes, acoger a los que llegan con alegría....(confesiones IV, cap. 8,13).

“Vida fraterna en Comunidad” (124) ha marcado un camino para esta construcción diaria de la comunidad en la serenidad, la paz y la alegría. Un camino aparentemente sencillo, pero rigurosamente exigente: “saber celebrar fiestas juntos, concederse momentos personales y comunitarios de distensión, tomar distancia de vez en cuando del propio trabajo, gozar con las alegrías del hermano, prestar atención solícita a las necesidades de los hermanos y hermanas, entregarse generosamente al trabajo apostólico, afrontar con misericordia las situaciones, salir al encuentro del futuro con la esperanza de hallar siempre y en todas partes al Señor: todo esto alimenta la serenidad, la paz y la alegría y se convierte en fuerza para la acción apostólica”. Se construye, pues, comunidad trabajando y se construye comunidad haciendo fiesta.

El mundo de hoy necesita testigos, evangelizadores que irradian alegría, amor y humildad. Los verdaderos profetas de nuestro tiempo son los hombres capaces de engendrar alegría en los corazones afligidos. Pienso que una de las razones de que falten vocaciones en nuestras comunidades es porque los llamados hemos dejado de ser testigos de esta alegría en el mundo.

El mundo, los pobres, esperan de nosotros no grandes acciones, ni palabras elocuentes, sino que le mostremos en la alegría de nuestros rostros que Jesús es la buena noticia, que sepamos sonreír.

Mi alegría, ¿es igual con los de dentro que con los de fuera? Vivamos la perfecta alegría, esa alegría del corazón. Para ello sintámonos queridos por Dios, nuestro

Padre, que nos quiere más que la gallina a sus polluelos, cuando los cobija bajo sus alas (Mt. 23,37). Sintámonos queridos por los compañeros de comunidad y manifestemos nuestro cariño al otro, al que tengo a mi lado. Hoy necesitamos fortalecer el “sentido de pertenencia” a la Congregación, a la Provincia, a la Comunidad local; y los jóvenes de una manera especial.

4ª.- La caridad fuente de esperanza y apoyo para la comunidad.

La escena de los discípulos de Emaús es especialmente significativa: a la dispersión o abandono de la Comunidad están asociadas la tristeza y la desesperanza de los dos caminantes; a la convocación o la vuelta a la comunidad están asociadas la alegría y la esperanza. El n° 42.1° de las CC. dice que “para realizar nuestra misión nos empeñaremos en lograr la concordia, ofreciéndonos ayuda mutua, especialmente en la adversidad”.

El debilitamiento de nuestras comunidades ha conducido a algunos de sus miembros a un individualismo, les ha arrastrado a la soledad y la incomunicación, o en todo caso, a una comunicación débil y muy superficial. Algunos han llegado a ver en la soledad y el aislamiento un camino hacia la muerte individual y de grupo.

El suelo de nuestras vidas es la Comunidad. Y nuestra Comunidad está en función de la misión. Tenemos que crear en nuestras casas un ambiente tan acogedor e íntimo que no necesitemos hacer del apostolado una huida. También el trabajo apostólico puede ser asumido como una huida si no nos sentimos comprendidos y amados, aceptados y ayudados, valorizados y útiles en nuestra Comunidad. Y si empezamos a buscar fuera de casa el apoyo afectivo que necesitamos para desarrollarnos como personas adultas y maduras, hay que temer que un día acabemos por perder la motivación para afrontar los momentos duros y dolorosos de la vida comunitaria y los momentos amargos de la soledad.

Renovar nuestra vida de comunidad¹⁷ es urgente para avivar el fuego de la esperanza. Tenemos que reconstruir el tejido comunitario. La comunidad tiene que ser ese espacio donde la vida se expresa, se acrecienta y se celebra, para devolverle sabor y gusto. La Comunidad es el lugar propicio para avivar la esperanza: en ella se escucha y se comparte la Palabra, se discierne la voluntad de Dios y se leen los signos de los tiempos, se confiesa y se celebra la fe y la esperanza, se toma aliento y coraje para el fiel seguimiento de Jesús y para el compromiso con el Reino.

A los misioneros jóvenes, os invito a perseverar en la esperanza. No seremos defraudados. Las personas que viven en profundidad la esperanza cristiana aportan a la sociedad (a la comunidad) sentido, dinamismo y alegría, en definitiva, humanismo y caridad.

Estamos llamados a construir el mundo desde abajo, desde las raíces, desde la encarnación. De ahí la importancia de los pequeños gestos de cada día para avivar en nuestras Comunidades la esperanza de un mañana mejor. La mirada optimista, la

¹⁷ Documento final XLAG2004, 3. p.19

misericordia y la compasión, la palabra cercana y evangélica, la comunicación y el gesto comunitario, la celebración y la fiesta. Esas son algunas ascuas de ayer y de hoy que aún permanecen encendidas debajo de las cenizas, y que nos permitirán avivar la esperanza para mañana. La esperanza es un don. Ojalá nos sea dado cada día.

5°. Vosotros sois mis amigos: signos de la novedad evangélica¹⁸.

La presencia del Señor en la comunidad es fuente de verdadera amistad. ¡Amigos en el Señor, amigos verdaderos! Ojalá que nuestras mejores amigos estén en la Compañía, que nuestros amigos sean nuestros hermanos. A ello debe conducirnos la vocación compartida.

Jesús es mi mejor amigo, pero necesito de otros amigos a mi lado que me hagan sentir esa suprema amistad. La amistad es difícil, pero necesaria. Difícil por cuanto me exige, necesaria por cuanto me aporta. Es necesaria para conocerme, aceptarme y reconciliarme conmigo, para mantener el equilibrio personal. Es difícil porque supone revelación profunda de mi yo, intimidad, donación, igualdad, amor sin condiciones, fidelidad. Y todo ello cuesta, pero es fuente de madurez personal y de aportación a la construcción de una verdadera comunidad. Supone y exige también afecto profundo y una confianza mutua. Una comunidad no avanza ni humana ni espiritualmente si la amistad no se alimenta, se expresa y se sacramentaliza con gestos, actitudes y palabras. Una amistad se deteriora y se marchita si no se la riega con una comunicación vital.

Estamos llamados a vivir la fraternidad como propuesta y profecía dentro de una sociedad dividida e injusta, viviendo la pasión por la humanidad como una gran carga de imaginación y creatividad. Aquí tenéis un gran reto las generaciones más jóvenes.

A todos nos gustaría tener a nuestro lado a personas diferentes, más abiertas, más serviciales, menos raras... pero las que tenemos al lado son las que Dios nos ha dado y con ellas es con las que tenemos que formar “un solo corazón y una sola alma”. Posiblemente a ellos también les gustaría que tú fueras diferente. No nos hemos escogido, es Dios quien nos ha convocado. Rahner expresó esta experiencia en una bella oración: “Señor, ayúdame a sostener y a soportar a los otros como tú me sostienes y me soportas”.

Las comunidades de los misioneros de la Congregación de la Misión, desde una vida en radicalidad, deben ser una crítica a la sociedad agresiva, individualista y ambiciosa que margina a las grandes masas de desposeídos y una invitación profética a la justicia y a la reconciliación. Toda comunidad debe ser profecía viviente de fraternidad. Nuestras comunidades deben ser testimonio de una comunión posible en Cristo, imposible de alcanzar con las fuerzas humanas. En nuestra vida comunitaria y apostólica tenemos que reflejar las “cinco virtudes” que nos dejó san Vicente¹⁹; y nos esforzaremos con todo cuidado por crear las condiciones necesarias para el trabajo, el descanso, la oración y la convivencia fraterna.²⁰ Volvamos a recordar la parábola china con la que comenzaba la exposición: los condenados en el infierno no tenían

¹⁸ CC.24

¹⁹ CC.24. 1°

²⁰ CC.24.4°

modo de comer el arroz, por puro egoísmo. Los bienaventurados del cielo estaban muy contentos ayudándose unos a otros a comer el arroz.

En un mundo sediento de unidad, en una sociedad injusta y desunida, rotas las relaciones humanas, será un signo profético el compartir en solidaridad y comunión lo que somos y tenemos sin discriminar a nadie. Ante un mundo al que se le han muerto las ilusiones de fraternidad, tenemos que presentarnos como hombres creadores de solidaridad, despertadores de esperanza. Estamos llamados a ser “expertos en comunión” (Juan Pablo II, en el Congreso Internacional sobre la vida Consagrada).

Sería un escándalo, sobre todo para la gente con la que trabajamos y para los seglares que trabajan en nuestras casas, si los hijos de san Vicente hablamos sobre la caridad y no vivimos la verdadera fraternidad y el espíritu comunitario, si vivimos divididos, si nos ven pelear, discutir, hablar mal unos de otros, ignorarnos o despreciarnos... Al contrario, edificamos mucho y evangelizamos verdaderamente si vivimos y testimoniamos el amor fraterno, la estima a los demás, la ayuda mutua, la corrección fraterna, el perdón recíproco, la paciencia de cada día, el esfuerzo de comprender y aceptar a los otros, la alegría de conocerlos y amarlos siempre más y mejor.

Estoy convencido de que si nuestro carisma tiene hoy una oportunidad y un papel que desempeñar, este es el de crear, suscitar, animar y sostener hogares de vida auténticamente fraterna que irradian a los demás amor, amistad, estímulo, apoyo, reconciliación y servicio a los pobres. Así seremos signo de esa novedad evangélica de la que hablan nuestras Constituciones (nº24). Así, los que nos vean y se acerquen a nosotros podrán decir: “¡ved cómo se aman!”

Termino con este texto de San Vicente: *“Que se diga que en la iglesia de Dios hay una compañía que hace profesión de estar muy unida, de no hablar nunca mal de los ausentes; que se diga de la Misión que es una comunidad que nunca encuentra nada que criticar en sus hermanos. La verdad es que yo estimaría esto más que todas las misiones, las predicaciones, las ocupaciones con los ordenandos y todas las demás bendiciones que Dios ha dado a la compañía, tanto más cuanto que en nosotros estaría entonces más impresa la imagen de la Santísima Trinidad (SVP, XI, 45-46).²¹*

²¹ (SVP, XI, 45-46)

PARÁBOLA PARA ORAR

El “racimo de la alegría”

UN DÍA, NO HACE MUCHO TIEMPO, UN CAMPESINO SE PRESENTÓ A LA PUERTA DE UN CONVENTO Y LLAMÓ ENÉRGICAMENTE. CUANDO EL HERMANO PORTERO ABRIÓ LA PESADA PUERTA DE ROBLE, EL CAMPESINO LE ENSEÑÓ, SONRIENDO, UN MAGNÍFICO RACIMO DE UVAS.

- “HERMANO PORTERO –DIJO EL CAMPESINO-, ¿SABES A QUIÉN QUIERO REGALAR ESTE RACIMO DE UVAS QUE ES EL MÁS HERMOSO DE MI VIÑA?”

- “TAL VEZ AL ABAD O A ALGUIEN DEL CONVENTO”

- “PUES NO, ¡A TI!”

- “¿A MÍ?”. EL HERMANO PORTERO SE RUBORIZÓ TODO ÉL POR LA ALEGRÍA. “¿DE VERDAD QUE ME LO QUIERES DAR A MÍ?”.

- “PUES SÍ, PORQUE SIEMPRE ME HAS TRATADO CON AMISTAD Y ME HAS AYUDADO CUANDO TE LO HE PEDIDO. QUIERO QUE ESTE RACIMO DE UVAS TE DÉ UN POCO DE ALEGRÍA”. LA ALEGRÍA SENCILLA Y SINCERA QUE PODÍA VER EN EL ROSTRO DEL HERMANO PORTERO TAMBIÉN LE ILUMINABA A ÉL.

EL HERMANO PORTERO DEJÓ EL RACIMO BIEN A LA VISTA Y ESTUVO CONTEMPLÁNDOLO TODA LA MAÑANA. REALMENTE ERA UN RACIMO ESTUPENDO. EN UN CIERTO MOMENTO LE VIÑO ESTA IDEA:

- “¿POR QUÉ NO LE LLEVO ESTE RACIMO AL ABAD PARA DARLE TAMBIÉN A ÉL UN POCO DE ALEGRÍA?”.

TOMÓ EL RACIMO Y SE LO LLEVÓ AL ABAD. EL ABAD SE SINTIÓ SINCERAMENTE FELIZ POR ESTE GESTO. PERO SE ACORDÓ DE QUE EN EL CONVENTO HABÍA UN HERMANO ANCIANO Y ENFERMO Y PENSÓ: “LE LLEVARÉ A ÉL EL RACIMO, ASÍ SE ANIMARÁ UN POCO”. DE ESTE MODO, EL RACIMO DE UVAS VOLVIÓ A EMIGRAR. PERO NO PERMANECIÓ MUCHO TIEMPO EN LA CELDA DEL HERMANO ENFERMO. ESTE PENSÓ QUE EL RACIMO PODRÍA DARLE UNA GRAN ALEGRÍA AL HERMANO COCINERO, QUE SE PASABA EL DÍA SUDANDO JUNTO A LOS FOGONES, Y SE LO MANDÓ. PERO EL HERMANO COCINERO SE LO DIO AL SACRISTÁN (PARA DARLE A ÉL TAMBIÉN UN POCO DE ALEGRÍA), ÉSTE SE LO LLEVÓ AL HERMANO MÁS JOVEN DEL CONVENTO, QUIEN, A SU VEZ, SE LO LLEVÓ A OTRO, A QUIEN SE LE OCURRIÓ DÁRSELO A OTRO. HASTA QUE, DE FRAILE EN FRAILE, EL RACIMO DE UVAS VOLVIÓ AL PORTERO (PARA DARLE UN POCO DE ALEGRÍA). Y ASÍ SE CERRÓ EL CÍRCULO. UN CÍRCULO DE ALEGRÍA. (B. FERRERO)